

Gilbert, Joseph M., Catherine C. LeGrand y Ricardo D. Salvatore (eds.),  
*Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History  
of U.S.-Latin American Relations*,  
Durham y Londres, Duke University Press, 1998, 575 páginas

En las últimas dos décadas los presupuestos teóricos y metodológicos de la ciencia de la historia han sido sometidos a continuo replanteo. Los acercamientos y las herramientas previas parecen haber perdido la capacidad de responder al beneficioso asalto de múltiples preguntas y críticas que reclaman la observación de factores y agentes antes ignorados. La integración de diversos campos disciplinarios se ha ofrecido como la puerta a una ventajosa confrontación entre diversos planteos filosóficos, acercamientos teóricos y métodos de investigación que multiplicó el volumen y la clase de las fuentes documentales consideradas. En ese marco, *Close Encounters of Empire* fue publicado dentro de la serie *American Encounters/ Global Interactions*, dirigida por Gilbert Joseph y Emily S. Rosenberg, para “estimular perspectivas críticas y nuevos marcos interpretativos sobre la historia de la imponente presencia global de Estados Unidos.” El libro, un sitio de encuentro de estos cambios, es la iniciativa de un grupo de historiadores, aunque con formación e intereses en áreas tan diversas como la política económica, las relaciones internacionales, la crítica literaria, la antropología social, o el área norteamericana de los estudios latinoamericanos. El esfuerzo apunta a alinear la

vasta producción histórica sobre las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina, con las interpretaciones posmodernas de la historia y las relaciones internacionales, con los ambiciosos reclamos de la teoría poscolonial en América Latina, y con la voluminosa corriente de la “historia cultural” de la última década.

La percepción de la imposibilidad de contar, interpretar y comprender la riqueza de los dos siglos y medio de historia común en la relación entre los Estados Unidos y su área transcontinental de proyección a través de viejos acercamientos y esquemas ha reunido a historiadores de larga experiencia con jóvenes autores. La formación de los compiladores del volumen muestra un largo afán por evitar el reduccionismo analítico o la pobreza interpretativa del realismo, en relaciones internacionales, o de la teoría de la modernización, en historia, a través de las propuestas del “revisiónismo norteamericano” en el primer caso, y de las teorías de la dependencia, del imperialismo o del sistema mundo, en el segundo. Sin embargo, hoy reconocen la necesidad de repensar el canon de los géneros tradicionales pues “en tanto las teorías de la dependencia, del imperialismo y del sistema mundo –como el difusionismo– promueven dicotomías que centralizan y

reifican estructuras y procesos político-económicos, e ignoran a los sujetos humanos culturalmente integrados, nosotros intentamos descentralizar el análisis, desarmar las reificaciones y restaurar la agencia a la narrativa histórica” (Joseph, p. 14). Para integrar satisfactoriamente varios niveles de estudio sobre las complejas, cambiantes y múltiples interrelaciones entre los Estados Unidos y América Latina, esta iniciativa busca comprender el contexto en el cual los significados relativos a naciones, culturas y economía política son continuamente producidos, desafiados y reformados. Sus trabajos sobre archivos múltiples se interesan especialmente por el ejercicio del poder y las respuestas al mismo, la construcción y deconstrucción de las fronteras culturales, los significados fluidos de los encuentros interculturales y la compleja interacción entre lo local y lo global.

El libro tiene tres partes. La primera presenta tres valiosos ensayos teóricos –dos de éstos a cargo de dos de los compiladores– que explican los objetivos del libro, sitúan y delimitan su rango de análisis dentro del campo y ofrecen alternativas metodológicas. La parte central del libro es un conjunto de diez estudios empíricos. La tercera parte contiene tres reflexiones

generales desde distintos enfoques. El libro trae un breve prólogo de Fernando Coronil. Hay énfasis en el período anterior a 1945. La formación de los autores –norteamericanos y latinoamericanos, aunque con clara mayoría de los primeros– marcó la concentración de muchos de los trabajos en el área Caribe –América Central–, aunque algunos ensayos se extiendan más allá. La ilustración de tapa es la reproducción de una pintura del uruguayo Andrés Gamarra, *El Progreso de una Ayuda* (1969). Esta pintura de estilo *naive* muestra un gran avión desde el cual caen innumerables pertrechos militares y elementos de represión con pintura de *camouflage* sobre un paisaje tropical. La obra refiere a la importancia de los programas orientados a la represión dentro de la Alianza para el Progreso.

Joseph abre la primera parte con un completo estudio historiográfico que ubica el trabajo dentro de las discusiones del área de la historia de América Latina y de la historia de la política exterior norteamericana, marcando el peso de la citada crisis de paradigmas. El compilador explica la ventaja de la incorporación de los conceptos “encuentro” y “zonas de contacto” –este último tomado de Mary Louis Pratt– para interpretar el proceso en el cual personas, objetos, instituciones y símbolos extranjeros fueron recibidos, respondidos y apropiados por locales, en un marco de relaciones asimétricas de poder. Así, el autor incorpora al análisis no sólo puntos geográficos con significado estable sino

también agentes, relaciones y coyunturas transnacionales que eran simultáneamente la red de negociaciones, intercambios, préstamos, discursos, símbolos y significados por los cuales lo externo fue internalizado en América Latina. Aunque estos sitios estaban usualmente regidos por relaciones de desigualdad y conflicto, si no coerción o intentos de hegemonía, este enfoque trata las relaciones imperiales no en términos de separación sino como sitio de copresencia y prácticas interactivas y vinculantes, donde la subjetividad de lo local no queda anulada.

El ensayo introductorio de Steve Stern revisa su antigua discusión con Immanuel Wallerstein para proponer el análisis de las relaciones interamericanas como un triángulo de fuerzas o motores formado por el sistema mundo, estrategias populares de resistencia en la periferia, e intereses mercantiles y de las élites unidos a un centro de gravedad en los Estados Unidos. El autor exige analizar los presupuestos de cada uno de esos tres polos en función de sus contradicciones, tensiones, resistencias y relaciones internas, abandonar la exclusividad de la economía política, y, por último, recuperar la historicidad de los permanentes reajustes en esa relación interpolar. A través de este movimiento, el autor propone recuperar el marco analítico de un modelo más sutil que permita comprender mejor no sólo el juego entre fuerzas globales y locales sino además la rica red de conexiones, alianzas y resistencias dentro de las fuerzas locales.

El ensayo teórico de Ricardo Salvatore abre un nuevo camino para estudiar la construcción histórica de la expansión del poder de los Estados Unidos sobre América Latina durante el período que llama del “imperio informal”, desde fines del siglo XIX hasta 1930 aproximadamente. El autor desplaza el estudio hacia el terreno de las representaciones, la cultura y las prácticas al incorporar a la narrativa norteamericana tradicional sobre el Sur –intervenciones económicas, militares, políticas– instituciones culturales, científicas, religiosas y otras. De este modo, la diversidad de los aparatos de representación y de las prácticas imperiales revela este proceso –esta “empresa del conocimiento”– como una historia colectiva que construyó y legitimó a América Latina como un espacio de proyección para los Estados Unidos (al igual que en el caso del Oeste de ese país). El ensayo describe la “máquina de representación” como un “flujo de información, imágenes visuales y significados yendo de Sur a Norte como un proceso de acumulación de capital simbólico a través de múltiples tecnologías de la observación (fotos, entrevistas, relatos), la narración (mapas, estadísticas, manuales) y la exhibición (museos, ferias)” (p. 74). Esta “empresa del conocimiento, el más importante discurso unificador de las actividades de muchos mediadores culturales norteamericanos, fue el lenguaje de autoridad del imperio informal” (p. 92). Al naturalizar y legitimar la presencia de múltiples representantes de la ansiedad

imperial del Norte “el conocimiento fue el territorio virtual del imperio informal” (p. 94), remata esta valiosa colaboración, que sin embargo se concentra exclusivamente en la visión de una de las partes.

En la parte central, Deborah Poole, coincidiendo con Salvatore, estudia la “mirada imperial” analizando tres visiones norteamericanas de una región de los Andes. A través de un examen sutil del discurso que intentaba legitimar la presencia extranjera –examinando fotos, mapas, medidas y notas sobre esa zona en diferentes momentos– la autora descubre interesantes variaciones a través del tiempo en ese simbolismo del poder. Según el comentario de Emily Rosenberg, hay en el discurso “una sensualidad escondida de fantasía y deseo imperial sobre el objeto” que acerca el trabajo a obras recientes de Helen Delpar y Frederick Pike. Los trabajos de Steven C. Topik y Eric P. Roorda organizan su análisis en torno de las representaciones del despliegue imperial y el consumo local de la tecnología. El primero describe la intervención de tropas mercenarias norteamericanas –con menos que la indiferencia oficial– en apoyo del gobierno del mariscal Floriano Peixoto en el Brasil. La visibilidad de esa tecnología y el acertado uso público de su imagen logran la buscada asociación entre imperio y superioridad tecnológica. El segundo concentra su análisis en la recepción y apropiación de la tecnología imperial por parte del general Trujillo, quien, tras apreciar el poder simbólico de la aviación y lo moderno, lo asocia a su prestigio personal.

Steven Palmer y Seth Fein indagan la problemática de la recepción del discurso imperial en la dinámica de la colaboración transnacional entre élites académicas y administrativas, siguiendo la línea teórica de Stuart Hall y los trabajos de Rob Kroes o Reinhold Wagnleitner. Palmer estudia cómo los esfuerzos de la misión médica de la Fundación Rockefeller en Costa Rica para fomentar una cierta tradición científica y ampliar el prestigio imperial fueron absorbidos y redirigidos por sectores reformistas y nacionalistas para fortalecer la legitimidad del Estado al frente de la salud y la educación nacionales. El trabajo de Fein estudia la colaboración de posguerra entre USIA y Disney y el gobierno mexicano para expandir normas norteamericanas de higiene y salud, y su implementación por el poder local para fomentar el prestigio estatal y la obediencia civil.

Los artículos de Michael J. Schroeder y Catherine LeGrand –el primero sobre la confrontación entre *marines* y hombres de Sandino, el segundo sobre un enclave bananero en Colombia– son interesantes propuestas alternativas a la metanarrativa. Sus trabajos recurren a archivos de la memoria de naturaleza variada para remarcar la “multiplicidad” y complejidad de historias sobre el pasado y la dificultad de cristalizar un relato general sin reprimir la cantidad y variedad de relatos que concurren a reconstruir una misma narrativa. Los trabajos de Thomas M. Kublock y Eileen J. Findlay relacionan el poder corporativo norteamericano –empresas del cobre en Chile, el primero, el

gobierno de ocupación de Puerto Rico, la segunda– con la reproducción de normas y valores para las relaciones entre los géneros, la moralidad y las prácticas sexuales. Ambos autores estudian la recepción y la apropiación selectiva de los símbolos por sectores locales para perseguir sus intereses inmediatos particulares. En una línea similar, Lauren Derby explora la problemática de la identidad dominicana estudiando el conflicto alrededor del consumo de pollo norteamericano en la isla. La resistencia de un sector local a ese consumo, un largo *boycott* apoyado por el uso de representaciones con contenido de género, etnia y clase, es analizada por Derby como un “exceso mimético” (Michael Taussig) que apunta a reafirmar una identidad debilitada y a denunciar el ciclo de pobreza, exilio y degradación.

Los ensayos de la tercera parte ofrecen un balance general de la obra. Emily Rosenberg celebra el esfuerzo de los autores por superar categorías reificadas e intentar acercarse teóricamente a la teoría poscolonial, la teoría posmoderna de las relaciones internacionales y el nuevo enfoque sobre la cultura en la historia de las relaciones exteriores norteamericanas, concentrándose en lenguajes, significados simbólicos y construcciones de raza, género y nacionalidades. Además de la atención al proceso de “circulación mimética” de símbolos y significados (Stephen Greenblatt) y de la descentralización de los procesos, escenarios y actores estudiados, la autora rescata que “en estas investigaciones, el

tema central continúa siendo el poder” (p. 510). Como es obvio, la posición de Rosenberg subraya que ese poder debe ser concebido como múltiple, complejo e integral, constituido por naciones-estado, tecnología, procesos de comunicación, construcciones de identidad, entre otros componentes. Para estudiarlo es necesario evitar narrativas universalistas y recuperar historias múltiples, contextos localizados y “múltiples sistemas proteicos” (p. 510). El ensayo de William Roseberry, desde la antropología social, propone un sistema más amplio de estudio de los campos sociales, que supere la dependencia o el sistema-mundo y que incorpore el conjunto de ideas y representaciones presentes en los encuentros culturales (Lorenzo Delgado). Sin embargo, Roseberry condiciona la ventaja de complejos aparatos teóricos que incorporan el bagaje de ideas y representaciones de extranjeros y élites y “resitúan” a esos individuos en otros campos sociales, como los metropolitanos (Salvatore y Stern). Pues sólo una complejidad complementaria y similar del campo social local puede brindar una comprensión total y satisfactoria de ese encuentro. El trabajo de María del Carmen Suescun Pozas es una combinación de once imágenes (fotos, afiches, propaganda, incluyendo la portada descripta anteriormente) y un ensayo interpretativo que subrayan las limitaciones de las “narraciones unidimensionales del encuentro” (p. 556). La autora insiste en la importancia de esos recursos gráficos para

analizar la constitución de los símbolos del imperio y la creación de lazos de interdependencia a través de su consumo. Sin embargo, al no responder satisfactoriamente a la pregunta acerca de la recepción de esas imágenes por parte de diversos públicos en los Estados Unidos y América Latina, el trabajo ve debilitada su original contribución.

Como “innovador” e “hito de los estudios postcoloniales” ha calificado Fernando Coronil a este volumen que reúne sofisticadas discusiones colectivas y cuidadosos estudios de caso sobre el proceso de “transculturación asimétrica”, es decir, sobre el espectro de encuentros imperiales en las Américas. También subraya el diálogo que los autores han logrado establecer, implícitamente a veces, entre cuerpos teóricos y aproximaciones paradigmáticas que incluyen tanto una larga tradición de estudios latinoamericanos sobre colonialismo e imperialismo como recientes desarrollos en teoría social relacionados con estudios culturales, posestructuralismo y poscolonialismo. Sin embargo, Coronil llama la atención sobre la necesidad de ir más allá de las polarizaciones teóricas y metodológicas, tales como economía política/cultura, metanarrativas/minihistorias, sujetos fluidos/complejos totalizadores, fronteras/cuerpos, imperialismo/subalternidad. Es necesario superar antes que profundizar las diferencias entre acercamientos modernos y posmodernos, buscando un diálogo más que un cambio de paradigma. En ese contexto, resalta el beneficioso esfuerzo

por introducir paradigmas poscoloniales en América Latina, gran ausente en los textos canónicos de esa corriente.

El trabajo es profundamente satisfactorio. Sólo restan algunas observaciones. El proyecto queda comprometido a avanzar sobre el período pos-1945 con más representación de las regiones latinoamericanas. Se debe profundizar la integración con el *corpus* de estudios más tradicional –aunque, con pocas excepciones, el libro produjo interesantes interpretaciones multidimensionales–. Podría explorarse la conexión entre las identidades construidas en los sitios de contacto y el proceso de cambio social generado por esos encuentros (Joseph, p. 22), a lo que agregó, tanto en América Latina como en los Estados Unidos, profundizando el aspecto interactivo del “encuentro”. Por último, sería interesante ver este esfuerzo inscripto en un trabajo mayor de estudio del proceso de “globalizaciones consecutivas” (Walter Mignolo) para recuperar tanto la vitalidad de lo interimperial como la profundidad y densidad históricas que rigen las “zonas de contacto”. En suma, la propuesta es profundamente sugestiva; la decisión, una búsqueda arriesgada y valiente; el producto, un magnífico recurso para los estudiantes de múltiples áreas y disciplinas; el legado, una renovación del desafío.

*Claudio González  
Chiamonte  
State University of New  
York at Stony Brook*